

MIRET MAGDALENA

LOS OBISPOS (II) Muchos querrán conocer el contenido de esas intervenciones episcopales avanzadas, de la Asamblea de Obispos franceses, que han sido aceptadas plenamente por la mayoría de estos dirigentes eclesiásticos.

Cuando leía la intervención de Monseñor Pailler, Obispo de Rouen, me acordaba de ese ejemplar trabajo publicado por un Cardenal, hasta hace poco bien moderado, como ha sido Monseñor Suenens, Arzobispo de Bruselas y Malinas.

Recordaba este Cardenal, en su artículo sobre el problema de Dios en el mundo actual, publicado en una Revista italiana, que muchos creyentes han creído no en Dios, sino en una caricatura de Dios: en ese Motor Inmóvil que descubrió el pagano Aristóteles y que nada tiene que ver con el Dios que es el Amor dinámico, tal como lo descubrió el cristianismo. Nosotros no debemos creer en el Dios-ingeniero que tapa los agujeros de «nuestra ignorancia y nuestra impotencia, que garantiza el orden establecido... que hace pacientes a los pobres e impide las reformas sociales... Esa caricatura del dios-providencia, a quien conmovemos en nuestro favor, para que mi voluntad sea hecha en la tierra...; por eso, en verdad, este falso dios debía morir, para que el mundo viva».

Algo muy parecido nos dice Monseñor Pailler, criticando a esos ingenuos y falsos creyentes que son «el escándalo y el hazmerreír del hombre moderno». Y no tiene inconveniente en estigmatizar algunas expresiones de nuestra liturgia, que «continúa pidiendo a Dios lo que los campesinos deben pedir a sus abonos: una salvación del mundo, que haría de Dios el suplemento de nuestras insuficiencias». Cuando lo que debíamos de desear es «estar de acuerdo para pedir que la fe se purifique de toda expresión mágica supersticiosa y para reconocer que todavía existen —en la realidad humana de nuestra creencia— las reliquias más o menos disfrazadas del paganismo».

Por su parte, Monseñor Schmitt subrayó que los Obispos «tienen demasiada tendencia a ver al mundo con unos anteojos defasados, como fueron los de Bossuet o Pascal. Cuando la finalidad que tiene en este año la Asamblea Episcopal es de ver si lo que dice la Jerarquía corresponde a lo que dice el pueblo de Dios. Y lejos de esgrimir la doctrina contra este último, debemos cuidar más que nunca en fomentar la autenticidad... Nos hace falta pasar, en alguna manera, de una Iglesia que adoctrina, a una Iglesia que confiesa y testimonia».

Nadie mejor que estos dos Obispos ha subrayado los temas más acuciantes que hoy echan en cara los avanzados —creyentes y no creyentes— a la Jerarquía eclesiástica. Ya no queremos vivir en un mundo mítico-religioso que hace de Dios un Júpiter tonante, o un Arquitecto misterioso que ayuda a los suyos y hunde a los contrarios. Como tampoco queremos ni siquiera la apariencia de una Iglesia dominante, clericalizada y semi-teocrática, que en el mejor de los casos acepta suavizar estos términos y convertirse a un paternalismo impropio de la mayoría de edad que pretenden los hombres y mujeres de hoy.

Por eso no es extraño que el Obispo de Metz pida rellenar una de las lagunas más graves del catolicismo francés: la escasez de teólogos laicos. De esos teólogos que quieren reflexionar, con profundidad y conceptos nuevos, las antiguas verdades de la fe, ejerciendo esa libertad de investigación, pensamiento y expresión que pedía el Concilio Vaticano II, que todavía no se ha comprendido bien en ciertos ambientes católicos. Este ejercicio de la teología, de la comprensión científica de la fe, «para que puedan llevarla a buen término debe reconocerse a los fieles —clérigos o seculares— la justa libertad de investigación, la libertad de pensar y la de expresar, modesta y valerosamente, su manera de ver en aquellas materias en las que son expertos» (Constitución *Gaudium et Spes*, número 62).

Es lo que, en otro aspecto conexo con éste, decían los jesuitas de la Revista *América* hace pocas semanas: que hay que reconocer «el derecho de los católicos de expresar su disconformidad con sus superiores, porque es algo tan antiguo como Pedro

y Pablo, aun cuando el disentir de la enseñanza del Papa, naturalmente, no es la postura normal de un católico. Pero el disentir es posible cuando la doctrina en cuestión es algo todavía en estado de desarrollo y cuando aquellos que no están de acuerdo han escuchado antes, con mente y corazón abiertos, lo que se ha dicho y al final han encontrado razones graves, sólidamente fundadas, para no estar de acuerdo».

Hay también que recordar, con Monseñor Pailler, que el cristianismo no es una religión entre las otras ni como las otras, sino preferentemente una vida. Y que, para su desgracia, se estableció históricamente —hace casi veinte siglos— en mentalidades paganas; porque la fe verdadera tiene que superar esta carga de paganismo que llevamos tradicionalmente auestas los católicos. Y esto no sólo teóricamente, sino prácticamente, porque todos los que nos llamamos cristianos vivimos bajo la influencia de un fuerte paganismo religioso, que nos envuelve confundiendo la fe con esas expresiones religiosas dudosas en prácticas y doctrinas que deben ser hoy revisadas. Porque la fe —como decía Monique Chesnais, la seglar que habló a los Obispos franceses— presenta uno de los mayores obstáculos para un gran número de incrédulos, e incluso de cristianos, porque los católicos, a menudo, convierten su fe en una ideología más; pero la fe no es una ideología. La fe es una entrega a una exigencia absoluta de amor, que trasciende las limitaciones del egoísmo humano y que procura, con total sinceridad, el bien de los hombres. Naturalmente que esta fe, en el que es explícitamente cristiano, tiene una dirección hacia Dios; pero esta dirección pasa siempre a través del prójimo, y nunca a espaldas suyas. Por eso una religiosidad que se llame cristiana, pero se dirija directamente a ese Dios-ingeniero, o a ese estático Motor Inmóvil de los filósofos paganos, es una fe falsa o falseada, que es preciso superar.

No es extraño tampoco que Monseñor Schmitt haya dicho que «aun a riesgo de conmover algo a los cristianos más tradicionales, es preciso que la Iglesia se haga más transparente al Evangelio». Y es también necesario confesar, con total sinceridad, como él ha hecho ante sus ciento veinticinco compañeros de Episcopado, que «la Iglesia está culturalmente alejada de los hombres de hoy, y es torpe cuando trata de expresar la fe para esa cultura, porque ya no le es posible permanecer en ciertas expresiones de la creencia heredadas de los siglos pasados». Esa es la razón por la cual es deseable que los católicos se adentren valientemente por los nuevos problemas, que pertenecen al campo de los actuales desarrollos científicos y culturales, sin temores ni prevenciones, sin timideces ni posturas vacilantes.

De ahí que sea imprescindible que «la Iglesia se aligere institucionalmente y se desembarace de aquellas instituciones que han envejecido y que ejercen un papel de estructuras de aislamiento, de ghetto, ante el mundo actual».

Los dos problemas básicos entonces son: el del ejercicio de la autoridad y de la obediencia religiosas. La autoridad debe ejercerse «sin recurrir a inútiles anatemas y condenaciones»; y en particular en el ejercicio de la autoridad pastoral «debemos buscar modos más sinceros... y un verdadero diálogo, más modesto, más sólido, entre Obispos y sacerdotes, tanto en el plano personal como en el colectivo» (Monseñor Marty, Arzobispo de París).

Pienso, por tanto, que la acusación que hace el mundo actual a los Obispos —recordada por estos Prelados que han llevado la voz cantante en la Asamblea Episcopal francesa— ha tenido una exposición clara y realista, y una contestación, aceptadora de lo esencial de las exposiciones, que es una promesa para el futuro renovador de la Iglesia postconciliar, con este hecho ejemplar ocurrido en el catolicismo de nuestro vecino país.

Porque si estos Obispos, y sus clérigos, cumplen lo que públicamente han prometido, ya no podrán ser acusados de ser «tecnócratas de la fe, más que apóstoles y profetas».